

ticulares del lenguaje, de la estructura social, de la historia local, de la planificación urbana, del gobierno específico, de la economía local, etc. en México, Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile se toman como relevantes para la lectura de la literatura escrita, supuestamente, sobre ellas? Si Holmes quiere subrayar el hecho de que sus cinco autores dejan atrás el idealismo para incorporar el cuerpo en sus representaciones de las realidades urbanas, ¿qué sentido tiene que la misma Holmes trate tan superficialmente la realidad vivida de cada ciudad verdadera, física, de la cual habla? Habría sido interesante interpretar los logros estéticos de las obras consideradas en comparación con más información concreta sobre el desarrollo físico, económico y político de cada ciudad representada.

Finalmente, no es obvio por qué Holmes se limita a la cuestión de la localización del orden. Esta estructuración conceptual de su libro bloquea la posibilidad de leer los textos como ejemplos de la productividad tanto sociopolítica como estética del desorden en sí. Al buscar en todos los textos alguna afirmación del orden, se olvida el aspecto irónicamente religioso de las horas litúrgicas en *Los rituales del caos*, por ejemplo. Este enfoque no llega a reconocer la proliferación de los debates recientes en los estudios culturales urbanos sobre las prácticas urbanas orgánicas, o no organizadas, como la construcción en los barrios informales, la ocupación ilegal de los espacios vacíos y otras formas de la protesta contra la planificación centralizada o la defensa gubernamental del llamado “orden público”. Se podría preguntar sobre los textos que Holmes analiza, ¿qué nos enseñan sobre la costumbre crítica de insistir tanto en entender la ciudad sólo en los términos dicotómicos de la modernización versus la decaden-

cia, la civilización versus la barbarie, u el orden versus el desorden?

Rebecca Biron
Dartmouth College

Carlos A. Jáuregui. *Canibalia: Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, 2008; 724 pp.

La nueva edición del libro de Carlos Jáuregui, *Canibalia: Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, ganador del Premio Casa de las Américas en el 2005, publicada por la editorial Iberoamericana-Vervuert en el 2008 como parte de la serie “Ensayos de Teoría Cultural” coordinada por Mabel Moraña, ya se ha convertido en lectura esencial e integral sobre todo lo canibal. Sus apuntes, la extensión y el ámbito del estudio igual a su bibliografía detallada y el placentero orden de sus capítulos, organizados por tópico y por tropo, formulan un extendido estudio histórico necesario en este campo creciente. Sus aproximaciones nuevas no solo se limitan a la vanguardia del siglo veinte y las discusiones de la cultura del consumo, sino que entran, participan y proponen dimensiones nuevas en el campo de los estudios de la antropofagia cultural del momento, por naturaleza no solo perteneciente a los estudios y las teorías latinoamericanas sino también claramente igual de importante en el campo de los estudios norteamericanos. Desde su explicación histórica, conceptual y contextual del canibalismo cultural hasta sus propuestas que toman en cuenta los estudios del *arielismo*, el *calibanismo*, y las novelas de Montaigne y Alencar, el libro *Canibalia* abarca las grandes y también pequeñas ideas del corpus del canibalismo cultural.

Quiero destacar que desde temprano, en su introducción, Jáuregui imparte explicaciones que dejan al lector con certeza dentro de las múltiples dimensiones simbólicas de canibalismo. Como explica él, su labor no es simplemente hacer una lectura de los relatos del canibalismo como alegatos del colonialismo, sino inscribirse en la cultura caníbal y en las *texturas* de sus textos, concepto que Jáuregui explica con delicadas anécdotas que incluyen un ejemplo sacado de las observaciones de Borges sobre *La divina comedia* de Dante. Aun más impresionante es el dominio que muestra el autor cuando contextualiza el ámbito teórico, proporcionando claro entendimiento de las postulaciones de William Arens, Eli Sagan y Maggie Kilgour, entre otros, en base a su propio proyecto.

Generalmente prefigura la *otredad* como base de los tropos caníbales en todo estudio de este tipo y en *Canibalia* el mismo autor explica que su libro “es entonces resultado de una mirada cartográfica al *Otro* (27). “ Jáuregui muestra que el libro no se trata solamente de señalar a los mapas o demostrar ejemplos vistos en las narrativas, sino de adentrarse en los trabajos etnográficos que contienen los textos y entonces así estudiar las *etno-cartografías* que se formulan. Entre ellas está el ejemplo de la Revolución haitiana y su argumento que a partir de la rebelión africana empezó “la imagen gótica de un negro sublevado y salvaje que destruye los medios de producción, mata a sus amos y celebra sangrientos ritos de vudú que incluyen el canibalismo (34).” Mediante esta observación y a través de la mención de ejemplos narrativos provenientes de tradiciones populares y literarias de la República Dominicana y Puerto Rico, Jáuregui muestra la figura del *caníbal negro* como tropo del canibalismo cultural. Igualmente apunta

al tropo del *salvaje* como artefacto para imaginar las oposiciones a la nación en base de alteridades (étnicas y políticas).

Uno de los aspectos más amenos de mi lectura del libro de Jáuregui es su explicación del afectivo del tropo caníbal a partir del Modernismo brasileiro. Su clara introspección sobre los antecedentes de ese movimiento incluye discusiones de los aspectos consumistas y materialistas, igual que esos de la alta cultura. Jáuregui apunta a la veraz interpretación de Andrade sobre la antropofagia como el acto de *devorar* lo europeo, no como mero *rechazo* sino como acto de *empoderamiento* y de *negociación* del concepto de alteridad. Una de las medidas exitosas del libro es la fascinante introducción, en donde Jáuregui profundiza el estudio del grupo *Antropofagia*, no solo detallando las propuestas de su precursor sino ampliando los tópicos que desde entonces han incrementado la importancia de su manifiesto, incluyendo los estudios del erotismo y la religiosidad del tropo caníbal. Jáuregui presenta seis instancias de significación del canibalismo en el primer capítulo: (1) los paradigmas clásicos y medievales sobre la *alteridad*, (2) el mito del salvaje como renovador de las nostalgias por un mundo idílico antes del orden del estado, (3) el extenso cuerpo legal que hizo del canibalismo la causa jurídica de la guerra y la explotación, (4) el caníbal articula los discursos de la conquista y dominación del Nuevo Mundo, (5) la representación cartográfica e iconográfica, (6) y por último la valoración etnográfica del canibalismo en conexión al comercio (48). Además de recopilar la historia de la palabra caníbal y de explicar datos sobre la ilustración del imaginario europeo sobre América (incluyendo un apunte que marca la temática de terror más recurrente de esa época el hecho de ser sacrificado,

destazado, preparado y devorado) Jáuregui hace mención de dos conceptos claves que por norma lamentablemente no son prioridad para algunos teóricos, pero que el autor los entrelaza brillantemente a lo largo del libro. El primer concepto, “la feminización del territorio y de los sujetos colonizados, un tropo recurrente del pensamiento colonialista,” y el segundo, “el canibalismo ritual...un cliché de la representación sexual y religiosa del mal (57),” al igual que su sólido argumento que aparece en la conclusión del capítulo sobre los significantes del *Otro*, “salvajismo, niñez e inferioridad (107),” lo llevan a concluir, “El Caníbal marca étnicamente el espacio y el tiempo salvaje.” Esta conclusión se convierte en validación de la agudeza intelectual del autor y del ámbito extraordinario de los parámetros de cada capítulo del libro.

Cada capítulo declara ideas sumamente pertinentes para los estudiosos del canibalismo interesados en ampliar el ámbito de estudio y entendimiento de este campo. El capítulo dos, por ejemplo, además de recalcar el aspecto de la *Otredad*, especificando la *diferencia* de una manera muy tangible, define *caníbal* como “una etiqueta del lenguaje de los otros para una particular práctica cultural que puede variar de la ingestión de un poco de ceniza de los huesos de un difunto durante ceremonias funerarias...hasta una transfusión de sangre o la explotación capitalista (137).” Las descripciones ofrecidas por Jáuregui muestran realidades de nuestros tiempos y a su vez formulan un lente que el autor denomina “externo a la colonialidad” (137) para proporcionar *las otras miradas* que se deben de fomentar en la crítica contemporánea. Entre esas *otras miradas* aparece el aspecto del canibalismo como “expresión última de la idolatría,” (156) concepto de Fernando Cervantes que Jáuregui

utiliza en sus reflexiones sobre el canibalismo religioso durante la Conquista, sin embargo uno que se puede aplicar a los momentos modernos del consumo y la globalización.

Precisamente el consumo, la globalización y las vanguardias culturales se convierten en la esencia de la última parte del libro después de amplias discusiones sobre la cultura nacional y la identidad durante la modernidad. En las cinco secciones del último capítulo Jáuregui recuenta lo que él describe como “las continuidades y discontinuidades del *canibalismo*, el *calibanismo*, y la *antropofagia cultural*,” en base al consumo. En la sección “Fantasías góticas del consumo,” la penúltima de ese capítulo, se presentan propuestas que van a contribuir en gran escala a los estudios de la identidad. Jáuregui deja por entendido que los tropos del canibalismo, más que nada, son encuentros con *la otredad* y a su vez no simplemente un certamen de lo social, lo cívico, y la ciudadanía, sino también un ejercicio individual de encontrarse, de adentrarse y de nutrirse. Jáuregui expande esta idea en las últimas páginas con una consideración de vasta tradición, lo gótico en la modernidad, que a la vez tiene mucha validez para el futuro de los estudios culturales y los estudios de canibalia. Jáuregui apoya la propuesta de Carlos Rincón, “la civilización actual es el canibalismo, autodestrucción en progreso que no se detiene (593)” con buenos ejemplos y ejercita sólidas teorías sobre el consumo humano capitalista. He aquí la clave de la conclusión del libro de Jáuregui; un tomo valioso, de gran erudición y con grandes aportes al futuro de los estudios de la antropofagia latinoamericana.

Raúl Rubio

John Jay College of Criminal Justice/
City University of New York